Benito D. Spoletini

ENRIQUE SHAW

UN EMPRESARIO SANTO DE NUESTRO TIEMPO

SAN PABLO

Colección **MISIONEROS DEL REINO**

- *Francisco de Asís*
  FELIPE DEL VALLE
- *Rosa de Lima*
  LILÍ RENA
- *Leonardo Murialdo*
  P. ORIDES BALLARDIN
- *Pablo - Apóstol sin fronteras*
  FELIPE DEL VALLE
- *Agustín de Hipona*
  MIGUEL TAJADURA
- *San Camilo - El santo de la Cruz Roja*
  MATEO BAUTISTA
- *Edith Stein - Una santa de y para nuestro tiempo*
  BENITO SPOLETINI

Benito D. Spoletini, ssp

Enrique Shaw:

Un empresario santo de nuestro tiempo

SAN PABLO

Distribuyen:

SAN PABLO

- Riobamba 230, C1025ABF BUENOS AIRES, Argentina.
  Teléfono (011) 5555-2416/17. Fax (011) 5555-2425.
  www.san-pablo.com.ar
  E-mail: ventas@san-pablo.com.ar

Paulinas

- Larrea 50, C1030AAB BUENOS AIRES, Argentina.
  Teléfono (011) 4951-7996. Telefax: (011) 4952-5924.
  E-mail: paulinas@satlink.com.ar

Con las debidas licencias / Queda hecho el depósito que ordena la ley 11.723 / © **SAN PABLO**, Riobamba 230, C1025ABF BUENOS AIRES, Argentina. E-mail: director.editorial@san-pablo.com.ar / Impreso en la Argentina en el mes de noviembre de 2004 / Industria argentina.

I.S.B.N. 950-861-770-5

1. ¿Los santos, hombres como uno?

A un gran convertido del siglo XX y escritor famoso, le preguntaron por qué, al abandonar su vida desordenada, ingresó en la Iglesia católica y no en otras confesiones cristianas que lo presionaban. Su respuesta fue contundente: "Porque, en la Iglesia católica, he encontrado al tipo más perfecto de hombre: ¡el santo! Debe ser cierto, pues, si examinamos a los santos más conocidos, no podemos negarles nuestra complacida admiración por la enorme riqueza humana que los distingue. Este enfoque se consolidó a mediados del siglo XX, época que vio madurar la gran siembra de la Acción Católica en los laicos. Hasta entonces, la santidad se hallaba, en muchos ambientes, relegada a las monjas, a los frailes y, en general, a los curas. Si algún laico se infiltraba allí, era, simplemente, una excepción.

En esos años, comenzaron a aparecer libros con títulos bien sugestivos como: *El valor humano de lo santo, El valor divino de lo humano* (con

sus incontables ediciones), o muy notables como: *Los santos como hombres*; etc. Y no faltaron películas bien significativas como *Un santo para todas las estaciones*, que presentaba la vida de un humanista y político inglés: Tomas Moro... Hoy, la lista de santos laicos se ha agrandado y abarca casi todos los sectores de la sociedad. Tenemos a Giorgio La Pira, que fue alcalde de Florencia; a un filósofo, Jacques Maritain, a un abogado, el beato Bártolo Longo; a un carabinero, Salvo. D´Acquisto; a un periodista, Manuel Lozano Garrido; a un ingeniero ferroviario, Isidoro Zorzano; a un banquero, José Tovini; a una doctora, casada y madre de familia, Gianna Beretta Molla; a un sociólogo José Toniolo; a uno de los padres de la Unión Europea, el político Robert Schuman; al venezolano José Gregorio Hernández, el médico de los pobres; a Luis y María Beltrame-Quattrocchi, la primera pareja de la historia beatificada por Juan Pablo II; y, pronto, tendremos a los papás de santa Teresita de Lisieux, una familia entera de santos. No faltan, en la lista, trabajadores como Matt Talbot, descargador de puerto, Pierina Morosini, obrera de una fábrica textil; y hombres de cultura como Mario Hiriart, ingeniero y profesor universitario, y tantos otros. En esta lista, la Argentina ocupa, con exclusividad, un sector: la santidad en la empresa. Es así

como tenemos a Enrique Shaw, esposo modelo, padre de una numerosa familia, exitoso empresario y fundador de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa.

Como puede apreciarse, se ha hecho camino, y no sabemos qué nos reserva el futuro, si atendemos al ferviente llamado de Juan Pablo II de crear una pastoral de la santidad que llegue a ser la característica normal de todo el pueblo Dios, y no sólo de algunos privilegiados. La apasionada exhortación del Papa, a los participantes de la Jornada Mundial de la Juventud de 1999, traza horizontes de esperanza: "Jóvenes de todos los continentes, no tengan miedo de ser los santos del nuevo milenio cristiano".

Se me viene a la mente la visión del Apocalipsis: "Vi una muchedumbre, imposible de contar, de toda raza, lengua y nación...". Y éste, me parece, es el mejor homenaje que podemos brindarle a Dios, nuestro Padre, que nos quiere santos: "Sean santos, como yo soy santo". Se cumple, así, el deseo que el apóstol Pablo nos recuerda con apremio: "Ésta es la voluntad de Dios: que sean santos". De aquí también parte el Concilio Vaticano II para recordarnos que "todos" –¡y no sólo algunos privilegiados!– estamos llamados a la santidad.

Enrique Shaw se inscribe en esta misma óptica: "Lo más humano que hay en el hombre es lo que tiene de divino". Y no anda con rodeos, apunta muy alto, para que esa chispa divina, que hay en cada uno de los hombres, se revele en toda su plenitud: "Debería ser un hombre modelo... Tú, Señor, y yo, porque, sin ti, no podría realizar mi cometido, *mi función tendría que ser Santo, con mayúscula y todo*".

Si la Iglesia ha considerado su causa de beatificación, es porque Enrique ha sido un "santo de cuerpo entero".

"Perseverar es triunfar"

En la vida de Enrique Shaw, se produce una larga preparación que bien podemos definir como providencial y que va a ir capacitándolo para su futura misión. Una de las páginas de su diario personal es premonitoria, en ese sentido, y apunta a un aspecto frecuente en los grandes hombres: el de la perseverancia. En su diario juvenil, el beato Santiago Alberione (1884-1971) expresa algo similar, pensando en su futura empresa al servicio de Dios: que eso será posible, si aprende a conjugar el verbo "perseverar". El secreto de Enrique es ése. Al ingresar, a los catorce años, en

la Escuela Naval, debe olvidar la vida cómoda de su hogar y sujetarse a la dura y exigente disciplina de la Armada.

No sorprende, entonces, que, antes de los veinte años, ya participe en arriesgadas maniobras de reconocimientos por los mares del sur. La exploración de la Isla de los Estados le permite vivir una experiencia fuerte. Arriba a la isla con otros dos compañeros, con los cuales, más tarde, pierde contacto, se queda, así solo y sin recursos para que, al anochecer, puedan recogerlo. Manifiesta aquí una gran fortaleza. Sube la meseta de la isla, abriéndose camino en la espesa y enmarañada vegetación. Para animarse, va repitiendo su lema "perseverar es triunfar". Y, cuando la noche lo sorprende, se siente tranquilo, aunque preocupado por el mal rato que podrían estar pasando sus compañeros a bordo, por no haberlo podido rescatar. Y acota : "Pero el verdadero motivo de mi tranquilidad era la fe que tengo en mí y en mi porvenir".

Refiriéndose a esa época, su primer biógrafo anota: "A los diecinueve años de edad, ya pudieron reconocer, en la Armada, sus condiciones de oficial serio, equilibrado, culto, valiente e inteligente, con grandes miras para el porvenir de la patria y de su propio futuro".

Enrique es consciente de ello y así lo consigna: "Yo espero hacer algo y ser alguien", y agradece las oportunidades que le brinda la Marina "de organizarse y conocer a los hombres"; y, mirando al futuro y a las inevitables dificultades, señala con firmeza: ante ellas, "debo emplear todos los medios que tengo a mi alcance antes de darme por vencido". Lo anima una buena dosis de optimismo, una sana alegría, se siente satisfecho por su trabajo y por sus provechosas lecturas. Y avizora su futuro como si estuviera sobre una montaña, y el mundo, a sus pies. Ve que hay muchas cosas malhechas, sin embargo, escribe: "¡hay tantas cosas buenas que debo realizar! Siento como si algo ardiera en mí y me empujara a cumplir altos ideales".

Aquí está todo el secreto de este hombre que ya presiente la misteriosa cercanía de Dios que va preparando el instrumento para una inédita aventura apostólica.

Dios en el... ¡Ocean *Club de Mar del Plata!*

La palabra "conversión" la utiliza el mismo Enrique para referirse al cambio en su vida a los veinte años. Luego de una larga crisis de fe, de

repente, comienza a sentir la "presencia de Dios" y responde con generosidad: dicta clases de catequesis a los conscriptos, logra que se celebre la misa en una de las dependencias navales; se decide a comulgar y, en un ambiente poco propicio a eso, impone el respeto hacia la religión, con su actitud sincera y valiente, más que con palabras.

Hemos nombrado al beato Alberione en relación con su "perseverancia", recurrimos ahora a otra figura: Edith Stein (1891-1942), convertida a la religión católica por la lectura de la *Vida de Santa Teresa*, hallada en la biblioteca de un matrimonio de amigos luteranos. La fe de Enrique, "tan ardiente y dinámica, se revela, en esa época, gracias a un libro del cardenal Mercier, acerca de la doctrina social de la Iglesia. Esa obra que le abre un horizonte nuevo, la encuentra, casualmente, en la biblioteca del *Ocean Club* de Mar del Plata, lugar bien esnob y vacuo, en el año 1940" (Romero Carranza, p. 24). Y, en ese libro, archivado en un lugar mundano y frívolo, descubre su vocación social orientada a la redención y promoción del mundo obrero. Si alguna vez Dios escribió derecho con líneas torcidas, fue en esa ocasión.

2. Su familia, sus primeros años

Pero ¿quién es este "convertido" que, en los mares del sur –con sus fascinaciones y tormentas –ha encontrado a Dios, o, mejor dicho, ha sido alcanzado por Dios de una forma tan discreta y tan sorprendente a la vez?

Enrique Shaw, argentino, segundo hijo de Alejandro y Sara Tornquist, nace en París, el 26 de febrero de 1921, donde sus padres se hallan en viaje de negocio, y es bautizado en la célebre iglesia de la Magdeleine. Dos años después, vuelven a la Argentina, y, al poco tiempo, muere la señora Sara, madre del pequeño Enrique. Antes de morir, como una auténtica madre cristiana, le pide al marido, hasta esa fecha agnóstico, que asegurara la educación cristiana del niño, promesa que el marido cumple, y cuyos frutos se revelarán con el tiempo. En edad escolar, el padre lo inscribe en el Colegio La Salle, en el cual se destaca siempre como un alumno ejemplar. En 1928, desarrolla una esmerada preparación para su primera comunión, junto con sus hermanos, a car-

go de un sacerdote –P. Goycochea– y recibe la primera comunión en la basílica del Santísimo Sacramento de Buenos Aires. Es su primer encuentro con los sacerdotes; y esto lo destacamos, porque los ministros del Señor juegan un rol muy decisivo en su vida, así como su asiduidad en las "buenas" lecturas. Mientras tanto, realiza sus primeras experiencias apostólicas en las congregaciones marianas, declaradas, en esos años, "acción católica mariana", por el papa Pío XII.

Al cumplir los catorce años, se produce un quiebre en su vida –apenas el primero–, cuando deja un futuro promisorio y placentero, para ingresar en la Escuela Naval. No obstante, Dios sabe lo que hace con aquéllos que elige para una misión difícil, aun cuando éstos no siempre la perciben de inmediato y con claridad.

Tres libros y el... querer de Dios

Enrique nos ha dejado diarios, libretas y muchas cartas, de manera que no debemos suponer nada, pus tenemos testimonios de primeras manos para saber de su vida. Su primer biógrafo, Romero Carranza, que tuvo acceso a ese precioso material, ha reproducido muchas e inspiradoras páginas. Una de ellas me parece muy evidente y com-

prueba lo expresado arriba. Los largos y exigentes seis años en la Escuela Naval son la palestra en la cual se va forjando este apóstol, para la misión que Dios le tiene reservada.

"El día en que cumplí veinte años, escribe, le pedí a Dios produjera en mí los frutos que él desea; que me hiciera consciente de mis pecados y me convirtiera decidida y totalmente. En resumen, mis ideas religiosas se han concretado en dos puntos: el primero, comprender en serio que soy un pecador; y el segundo, que debo ir decididamente hacia Dios". Y se interroga con gran sinceridad. "En mi vida, he cumplido hasta ahora con mi deber haciendo todo lo naturalmente posible; pero, en lo sobrenatural, ¿he hecho otro tanto? A punto de quedarme dormido en mi camarote la otra noche, reflexioné acerca de no ser mera casualidad que los tres libros traídos por mí al buque tratan de la misma cosa; obedecer la voluntad de Dios. Esa obediencia proporciona al cristiano una gran fecundidad. Y las lecturas de esos tres libros me han dado confianza en que, si Dios quiere, de algún modo, él hará que yo cumpla bien su voluntad. *La vida sólo tiene valor, si sabemos darla* –como dice Paul Claudel–; *por ello, debemos sacrificarla y multiplicarla dándola a otras vidas, así como el grano de trigo muere para dar frutos".*

3. "Santos en el matrimonio y no a pesar del matrimonio"

Canto a la alegría y al amor

Enrique ha tomado en serio su conversión. Sus compañeros de la Armada e, incluso, su padre no lo creen feliz y piensan que su catolicismo es triste y aburrido, porque no se emborracha, no sale con mujeres. Sin embargo, Enrique conoce ahora la verdadera felicidad y, así, lo deja consignado en su diario. La Virgen María, que siente como madre, le inspira una "alegre confianza" y confiesa que, desde ahora en adelante, su vida debe representar la verdad, las virtudes sólidas y la alegría. Es muy resuelto: "Debo tener la convicción de estar encargado de mejorar el mundo y que puedo realizar esa difícil tarea... Debo, pues, irradiar amor y alegría para hacer atrayente nuestra religión. Caridad incluye ser amable y ser alegre". Y, para ello, recurre a la oración y a las penitencias, siempre confiando en la gracia de Dios,

sin la cual, sabe, no podrá lograr nada. Ni corto ni perezoso, escoge para imitar dos modelos de gran altura: Tomás Moro, el santo mártir inglés y Francisco de Sales, el santo de la amabilidad. Enrique emprende, entonces, una nueva etapa, la del noviazgo y del matrimonio que confirma que el paso de Cristo por su vida no ha sido en vano.

¡Tres para casarse!

Enrique, lector empedernido, aprovecha el tiempo de navegación y el de estadía en tierra para hundirse (¡literalmente!) en la lectura. Su constancia, buena memoria y, sobre todo, esa ansia de saber nunca saciada, junto con un gran olfato para dar con el libro justo, son admirables. Su frecuencia en las librerías católicas de la capital le permiten conectarse con importantes representantes de la cultura católica argentina. En ese tiempo, circulan óptimos textos sobre temas como: el matrimonio, la paternidad, la educación de los hijos y temas conexos, que contienen expresiones como: "Tres para casarse: el hombre, la mujer y Dios"; "Santos no a pesar del matrimonio, sino en el matrimonio"; o la de san Juan Crisóstomo: "Familia, pequeña Iglesia", que luego el Concilio Vaticano II hará suya con "Familia, Iglesia doméstica".

Hay que tener presente ese clima, fomentado por la Acción Católica, para comprender el ánimo con que Enrique vive su noviazgo y matrimonio: apasionado y puro, propio de un joven que ha encontrado los valores cristianos. La elegida, entre las tantas muchachas conocidas en bailes y fiestas, es Cecilia Bunge, en quien la belleza y elegancia de su clase se unen a un profundo sentimiento cristiano. Las circunstancias, en esos dos años que dura el noviazgo, los separa con frecuencia, no obstante, existe el correo, y se van intercambiando más de trescientas cartas que aun hoy se conservan. Ese período, para Enrique y Cecilia, no está exento de sufrimiento, pues, a las separaciones, se suman las dudas de la novia. Leyendo las apasionadas cartas, siempre cargadas de profundas reflexiones religiosas, Cecilia se pregunta si Enrique no posee más vocación de cura que de casado. Hasta que todo se aclara, y se casan el 23 de octubre de 1943.

Familia "pequeña Iglesia". Una página reveladora

El largo y contrastado noviazgo ayuda a la pareja a sentar las bases sólidas que le asegurarán la fidelidad, hasta que la muerte los separa dieciocho años después.

Pero su secreto hay que buscarlo en los firmes principios en los cuales anclaron su matrimonio y la orientación de su hogar. En un libro de esa época (y que casi con certeza Enrique tuvo en sus manos), se lee: "Dios quiere intervenir como tercero en el matrimonio". Con esta garantía, Enrique y Cecilia pueden acometer su camino conyugal y familiar, y, más tarde, el de sus nueve hijos.

Una página de Enrique, escrita al regreso de la luna de miel, así lo consigna:

> "El matrimonio es una institución en la que cada cónyuge efectúa su aporte. Aunque cada uno posee sus propios derechos, no es dueño del matrimonio. Por eso, ninguno de ellos ni los dos juntos pueden disolverlo. En mi caso, con seguridad que mi madre había estado en espíritu presente en mi casamiento y habrá rogado para que mi unión con Cecilia sea santa, y Dios la bendiga concediéndonos una numerosa y cristiana familla. Porque las madres fallecidas continúan, sin duda, la tarea protectora de sus hijos. A nosotros tocará ahora el turno de proteger a nuestros hijos y nietos, y de ser santos para que ellos también sean santos. Dios nos garantiza nuestra mayor felicidad

en el cielo, si cumplimos sus mandamientos. Y también nos ayudará a ser felices aquí sobre la Tierra en el mayor grado posible, conforme a nuestra naturaleza humana: felicidad relativa, pero real. Ésa es la que tendremos en nuestro hogar Cecilia y yo.

Y, como miraremos el mundo que nos rodea y a nuestros hijos con ojos puros y bondadosos, la Tierra será bella para nosotros, a través del cristal de la bondad y la pureza, podremos ver y valorar lo bueno y puro que existe en la creación.

El Señor no nos pide que nuestra vida conyugal sea una serie de grandes triunfos, sino una sola gran victoria: la de nuestro amor tierno y constante. Por eso, debemos recordar que, como mucha gente nos observará para ver si realmente constituimos el prototipo del matrimonio católico, el nuestro deberá ser un ejemplo que brille y sea mucho mejor que los matrimonios formados por quienes no son cristianos.

Los elementos que constituyen la grandeza del matrimonio (y que constituirán el nuestro) no serán solamente nuestras perfecciones, sino también nuestras imperfecciones que determinarán que Cecilia y yo tengamos ocasión de demostrarnos nuestro amor,

nuestra paciencia, nuestra esperanza y nuestra alegría al pensar en un futuro eterno unidos ambos con Dios. No hay duda de que mi vida para llegar a su plenitud necesitaba la compañía de una mujer, y no hay duda de que esa mujer, sin la cual ahora no concibo mi existencia, era, es y será Cecilia".

Del matrimonio nacen nueve hijos, uno de los cuales es sacerdote y misionero en el África. Enrique y Cecilia tienen sus problemas: frecuentes separaciones por motivos de la profesión de él; inconvenientes durante su estadía en el extranjero, la educación de los hijos, el cambio de profesión y la temprana enfermedad de Enrique...No obstante, siempre perdura la profunda fe de estos esposos y su acrisolado amor a Dios y a los hermanos.

4. La "segunda" conversión

En viaje, entre la búsqueda y la esperanza

En la nueva vida de familia, Enrique experimenta las alegrías propias de un recién casado, y que pronto será padre, sin embargo, un pensamiento lo persigue con insistencia: él está llamado a procurar la mayor gloria de Dios y ayudar a otros a hacer lo mismo, como laico. Una confirmación de esto la ha tenido en los cinco largos meses, en Ushuaia, lejos de su esposa que espera el primer hijo. Se ha dedicado a la catequesis, a las obras de bien, alimentándose con la misa y comunión diarias y una vida ejemplar, de la cual no estaban excluidas las mortificaciones que lo asemejaban a Cristo crucificado. Los padres salesianos lo recordarán, por mucho tiempo, como a un eficaz misionero. Posteriormente, al nacimiento de su hijo, la Armada lo envía a los Estados Unidos para perfeccionarse en su profesión. Él no está

conforme y comienza a meditar su retiro de la Marina. De todos modos, parte, pero ya no sólo, sino con Cecilia y su hijito Jorge Enrique. El viaje es largo, y en él se produce un encuentro no casual: se contacta con dos sacerdotes canadienses del movimiento jocista, que, por entonces, comienza a tomar fuerza en América Latina. La Juventud Católica Obrera (JOC) es fundada por el canónigo Joseph Cardjin, en Bélgica y se va difundiendo con éxito en muchos países. Se propone la promoción humana, profesional y cristiana de la juventud obrera, como una respuesta a la que Pío XI llamó la "apostasía de las masas trabajadoras". Enrique se queda impactado por ese descubrimiento, y piensa que, tal vez, ésa es la respuesta de Dios a su anhelo de "cómo" y "dónde" ser misionero laico en el mundo actual. Y se repite a sí mismo: Seré obrero, entre los obreros, uno más de ellos, para ayudarlos a promoverse desde su misma situación. Al llegar a Nueva York, el 1 de agosto de 1945, con su esposa e hijito, la decisión está tomada. El 15 del mismo mes, envía su pedido de pase a retiro de la Armada. Se genera un gran revuelo en la familia y entre los jefes de la Armada que lo estiman y le han pronosticado una carrera brillante. Finalmente, su renuncia es aceptada.

¿Obrero? No. ¡Empresario!

Ahora, ya libre de los compromisos con la Armada, se le platea el problema de un trabajo, de un empleo, pues la familia crece, y ya viene en camino otro hijo. Y allí de nuevo, lo espera Dios y se le presenta a través de su confesor, el norteamericano padre Ronald Hilldebrand, a quien, en Chicago, le ha confiado su propósito. El Padre es muy claro: (...) "como simple obrero, en poco tiempo, vas a ser uno de ellos; en cambio, como empresario, puedes realmente influir en el cambio de las condiciones laborales de los trabajadores, sobre todo, si logras convencer a otros de tu clase social y eres capaz de mejorar su situación".

Enrique acoge ese consejo con entusiasmo y se apresta a entrar en el campo en que Dios lo requiere. Con este ánimo, acepta una oferta de trabajo en una fábrica de Buenos Aires, la Cristalería *Rigolleau*. Aprovecha, entonces, la primera oportunidad de perfeccionarse en ese rubro totalmente nuevo para él. Con Cecilia y el niño, permanece un tiempo más en los Estados Unidos, en la pequeña ciudad de Corning. Allí, frecuenta una fábrica del ramo y aprende a desenvolverse en la industria del vidrio. En ese período, nace su hija Sara, la primera mujer de la familia, acogida con gran alegría.

Una extraña tierra de misión: la fábrica de cristales

En la vida de san Felipe Neri, se narra que, ya sacerdote, pide al Papa poder ir a misionar a tierras lejanas; a lo cual el Papa contesta: "Tu misión está aquí en las barriadas pobres de Roma".

Así es para Enrique: su sueño de redención obrera se comenzaría a realizar en los modestos límites de una fábrica de vidrios. Pero, como todo verdadero carismático, él comprende y se juega; y, así, se le va ampliando el panorama hasta abarcar toda la nación y luego traspasar a otros países.

Aquí, se revela su capacidad de luchador. Ante todo, se encuentra con una Argentina diferente, con cambios sociales notables y con un clima enrarecido y no fácil para las empresas. Le toca, incluso, un período de persecución religiosa, un hecho increíble en una nación tan católica... Él, con paciencia y pericia, sabe sortear los obstáculos y llevar adelante la empresa aplicando, con acierto, la doctrina social de la Iglesia e involucrando a los obreros en la buena marcha de la fábrica. Gracias a su sentido de justicia y solidaridad, conquista, no sin dificultades, el aprecio de los sindicatos. Mientras tanto, con vistas a los planes futuros, se va cultivando; y, sobre la

base de su experiencia concreta, comienza a escribir sobre qué significa ser empresario cristiano. Vale la pena conocer algunos de sus pensamientos para hacerse una idea de su lúcida visión. "Hay que cristianizar la clase patronal argentina. Hay que humanizar la empresa. Para juzgar a un obrero hay que amarlo. Lo esencial en una empresa es el respeto por la dignidad humana. Ha de haber amistad y buena voluntad entre patrones y obreros". Valora en extremo la eficiencia, pues, de esta manera, asegura mayor bienestar para todos. "*Ser eficiente* –para el empresario– *es un deber de estado*". Y añade: "El empresario debe sembrar esperanza sin dejar de ver la realidad. Un empresario con sentido social moderará su espíritu de lucro, reconocerá el valor del trabajo ajeno, tratará al obrero con consideración, y se esforzará para que lleve su trabajo a la elevación económica y moral correspondiente a su dignidad".

Una intensa vida familiar y espiritual

Con todos los problemas que debe enfrentar diariamente, no deja de investigar, de leer y alimentar su vida espiritual con la misa y la comunión cotidianas, una tierna devoción a María y una

intensa vida de familia, sin distracciones mundanas, colmada de un inmenso amor. Una vez más, en todo esto, cuenta con un buen director espiritual, y con la infaltable y provechosa compañía de los libros, siempre muy bien seleccionados, como revelan sus escritos.

Muy cuidadoso de la educación de sus hijos, apenas la edad lo permite, los lleva a la fábrica para que conozcan y compartan con los obreros, y aprendan tempranamente que, en la vida, nada es regalado y nada se puede pretender. Sufre algunas preocupaciones en el ámbito familiar, pues sus parientes y los de Cecilia no comprenden su deseo de una familla numerosa. Entonces, para ser fiel, con su esposa, al proyecto de familia que han soñado juntos y con alma cristiana, se ve obligado a decisiones penosas y a disgustarse con sus propios familiares.

5. ¡Tanto en tan poca... vida!

La Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa

"La desesperación del hacer" es la expresión con que el padre Moledo, hombre de la Acción Católica y confidente de Enrique, caracteriza la vida de este laico visionario. Tal vez, Enrique presiente la brevedad de su vida y, por eso, se entrega sin límites a realizar obras en favor de la gente, sobre todo, en el campo social. La actividad en la Cristalería *Rigolleau* no lo aprisiona; más bien, ésa es la palestra en la que se va entrenando. Así, se desempeña, más tarde, en cargos de la Acción Católica, es asesor de varias grandes empresas, participa activamente en el Club Serra, para ayudar a las vocaciones sacerdotales y se ocupa de dar conferencias para la promoción del laicado y, en particular, para concienciar a la clase patronal argentina. Por su espíritu de solidaridad y capacidad organizativa, es llamado, por el

Episcopado Nacional, en 1946-47, a promover el apoyo y la colaboración con la empobrecida Europa de la posguerra. Enrique no desperdicia ninguna ocasión para contactar a otros empresarios y entusiasmarlos con la idea de dar vida a una asociación permanente que reúna a empresas cristianas, es decir que, en su conducción, se inspiren en la doctrina social de la Iglesia. Con esta finalidad, en 1950, viaja a Roma junto a su esposa, y se entrevista con el mismo Pío XII y con el padre Ricardo Lombardi, fundador del Movimiento por un Mundo Mejor, que lo alientan en su intento. En esa oportunidad, se dirige también a la ciudad belga de Lovaina y, allí, se reúne con el famoso canónigo Jacques Leclerq, quien lo refuerza en su línea de trabajo empresarial, confirmando aquello que le ha dicho, en su visita a la Argentina, el cardenal Joseph Cardjin, fundador de la JOC, como ya hemos expuesto.

Reconfortado con estos apoyos, inicia, con algunos inconvenientes y fracasos iniciales, la fundación de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa, con un grupo de amigos, que, finalmente se concreta, el 3 de diciembre de 1952. Su presidente será Enrique Shaw, por su capacidad profesional y, sobre todo, por el testimonio de su vida, y su asesor eclesiástico, el padre Manuel Moledo.

En el punto cuarto de la declaración, se afirma –y vale la pena recordarlo– la finalidad de esta nueva Asociación que: "tiene, como mira fundamental, organizar la participación de los dirigentes de empresa en la construcción del orden querido por Dios Nuestro Señor; sin perseguir otra ambición que servir al perfeccionamiento religioso y moral de sus miembros y del medio profesional en que actúan, esforzarse en la difusión y la vida de la doctrina social de la Iglesia, tal como es enseñada por los romanos pontífices; luchar por el establecimiento de la justicia, la colaboración y la caridad, y que nada importa tanto a los fundadores de la Asociación como dar un testimonio permanente de que también para el hombre y para los problemas contemporáneos hay un camino, una verdad y una vida enseñados en el santo evangelio y celosamente conservados por la Iglesia".

¡Si me han perseguido a mí!... La cruz en el camino

A mediados de los años cincuenta, Enrique ya ha alcanzado varios objetivos y realizado obras en el campo familiar, profesional, cultural y, donde a él más le interesa, en el religioso y apostóli-

co. La década 1945-1955 no es fácil; sin embargo, sus dotes de dirigente y su formación constantemente actualizada, lo ayudan a sortear viejos y nuevos obstáculos. La prepotencia del gobierno de entonces, que amenaza la libertad, lo encuentra animoso defensor de ésta, bajo el lema: "Libertad en la solidaridad". En ese clima enrarecido, se desata una breve, pero violenta, persecución contra la Iglesia católica, y el 7 de mayo de 1955, sorpresivamente, son arrestados diecinueve dirigentes de la Acción Católica de Buenos Aires. Entre ellos, Enrique que, durante once días, permanece preso, sujeto a frecuentes interrogatorios y a amenazas de tortura, y culpado, él y los otros compañeros, de un complot contra el legítimo presidente.

Las vitaminas energizantes de Enrique

En sus "libretas de vida", encontramos las "vitaminas" espirituales que lo socorren en esos trances. Su lema favorito –"Dar y más dar sin cansancio de dar"– recuerda el de otro apóstol de ese tiempo, el chileno Alberto Hurtado, que, para animar a los bienhechores de sus obras, los estimula con: "Dar hasta que duela".

Vale la pena citar algunas vitaminas por su validez y actualidad. "Mi fe es audaz, porque Cristo venció al mundo; confiada por cuanto confío en la victoria final de Cristo sobre las almas; ardorosa por estar basada en el amor".

"Cuanto más me creo amado por Dios, más me siento capaz de amar al prójimo, y de devolver a Dios amor por amor, dándole la única correspondencia que él pide: amor a nuestros hermanos".

"Dios no me ha exigido éxito, pero sí que empiece a actuar".

"Debo mortificarme con el objeto de ser más útil al prójimo y no exasperarme por cuanto diga o haga un ser humano".

Enrique, con frecuencia, también se refiere a la familia, a la suya, de ahí se explica el clima de serenidad que él y Cecilia han creado en su hogar. "Debo buscar la paz, escribe, en mi familia como la busco en la patria y en la fábrica. El padre que rezonga continuamente en su hogar no podrá llegar nunca a ser un buen padre.

Debo conseguir que mis hijos me amen y me tengan confianza, pero que se comporten bien en la vida, no sólo para darme gusto, sino, además, para comprender que deben llevar una vida

de servicio". Les enseña que las cosas no se les deben. Por eso, los lleva a la fábrica, los hace estar en contacto con los obreros, con la gente que se gana la vida duramente, para que aprendan el sentido de la responsabilidad... Asimismo, dispone de tiempo para reunirse con la familia y rezar juntos el Rosario de la Virgen, porque está convencido de la veracidad de la expresión de Pío XII: "La familia que reza unida permanece unida".

Trabajo con un ritmo imposible

Enrique tal vez vislumbra que su vida se hace corta, entonces, en esos años, se impone un ritmo que el padre Moledo, amigo y confidente, definió –ya lo hemos citado– "la desesperación del hacer". No es que Enrique vive angustiado, sino, al estilo de san Pablo, de Alberto Hurtado, de Santiago Alberione, lanzado hacia delante (cfr. Flp 3, 13), para alcanzar a Cristo. Como laico comprometido, entiende que no hay que detenerse a mirar lo realizado, sino lo mucho que queda por hacer. Y conforme a su carisma, apunta a humanizar, a cristianizar la empresa y, a través de ella, el mundo del trabajo, insidiado, invadido por el marxismo ateo. Son muchas las asesorías que acepta, para poner sus conocimientos y experien-

cias al servicio de los demás. Es así que lo encontramos participando en los consejos directivos y ejecutivos de varias empresas argentinas. Incursiona en los medios de comunicación social, intentando una vasta y delicada operación, para ejercer el control de la editorial Haynes, dueña de ocho estaciones radiales y de un diario de gran circulación. Por motivos "políticos", la operación no resulta. Enrique no se descorazona y escribe que Dios ha querido humillarlo por no ser suficientemente santo. En esos mismos años, el padre Alberione, apóstol de la comunicación, afirma que los medios deben ser dirigidos por un equipo de santos. La sintonía es perfecta y aleccionadora. Enrique, empero, no se rinde y funda la *Casa del Libro*, pues cree fundamental la presencia de la Iglesia en los medios, para difundir el evangelio.

El espacio del amor se dilata

Alrededor del año 1952, Enrique decide prestar asistencia a Bolivia, razón por la cual se traslada a esa nación y, allí, funda la ACDE, orientada a fomentar el desarrollo económico con criterios cristianos. Atraído por todo aquello relacionado con el crecimiento intelectual de la gen-

te, apoya la edificación de la Pontificia Universidad Católica Nuestra Señora del Buen Aire.

En agosto de 1957, apenas cinco años después de su fundación, la ACDE realiza su primer congreso: tiempo de balance, de felicitaciones por parte del papa Pío XII y de estímulo a seguir hacia adelante con el compromiso de ensanchar el Reino de Dios, en lo social. Enrique es consciente de que uno nunca está lo suficientemente preparado para los nuevos problemas y desafíos, y acepta participar de un curso de tres meses en la prestigiosa universidad de Harward (USA). Vuelve de allí con nuevos conocimientos, nuevas experiencias y nuevas proyecciones para la empresa moderna. Comienzan a solicitarle, de todas partes, su asesoría, consejo y cooperación. En ese lapso, brinda sus más famosas conferencias –en Córdoba, Santiago de Chile y en otros lugares– sobre la empresa a la luz de la doctrina social de la Iglesia: con una novedad y audacia inéditas, enlaza la eucaristía con el corazón mismo de la empresa, como fuente de humanización, de eficiencia y de solidaridad; apuntando mucho más allá: a la comunión. El fuego que lleva adentro, su fundamento doctrinal y su exitosa experiencia se vuelven irresistibles y cambian la vida a muchos empresarios, según confesión de ellos mismos.

El motor secreto de su éxito: la santidad

Es legítimo aquí preguntarse cuál es el secreto de tanta actividad y de tanto éxito, ya que, Enrique, a pesar de ser un hombre muy preparado, muy actualizado, muy inteligente y volitivo, ciertamente, como todo mortal, tiene sus límites. Una vez más, la respuesta nos viene de su misma vida y de esas impagables libretas de vida que nos revelan su intimidad. Su primer biógrafo, Romero Carranza, identifica ese secreto con la capacidad de Enrique de unir bellamente su vida contemplativa a su frenética actividad, una síntesis que se resume en la incesante búsqueda de la santidad. Tempranamente, a los veinte años, cuando Enrique percibe el paso de Dios en su vida, siente que su respuesta al llamado no puede ser más que una: ser Santo con mayúscula. Ahora, en la plenitud de la madurez, ese compromiso con el Señor, regresa con mayor fuerza: "Debo santificarme, especialmente, a través de las responsabilidades de esposo, padre, hijo y dirigente de empresa. Esas responsabilidades Dios las ha puesto en mis manos. Para convertir al mundo no hay sino un proceder: ser un santo". Y agrega: "Nuestro deber consiste en obrar con inteligencia

y santidad"; esto vale también para la Iglesia: "La forma de mejorar la Iglesia es la santidad"; y, en relación con los pastores: "Habría que ser santos para poderles decir a los obispos lo que uno piensa". Él sabe muy bien qué significa ser santo: "Santos = otros Cristo". Aquí, una vez más, se topa con su contemporáneo, el chileno san Alberto Hurtado que, casi con las mismas palabras, se pregunta: ¿Qué haría Cristo en mi lugar? Enrique, por su parte, y en forma afirmativa, se propone: "Debo vivir como lo haría Cristo en mi lugar: ser santo". Por eso: "Debo revivir en mí la presencia del Espíritu Santo, es decir: ¡ser santo!". Cree firmemente en la fuerza contagiosa del ejemplo: "Si nosotros somos santos, lo serán también nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos". Son tantos los pasajes en los cuales se refiere a este tema, además de los medios de santificación, que no pararíamos nunca de citarlos: la voluntad de Dios, la oración, los sacramentos, el amor, la aceptación de la cruz... En verdad, realiza aquello que tempranamente se ha propuesto. "Debería ser un hombre modelo... Tú, Señor, y yo, porque sin ti no podría realizar mi cometido, mi función; tendría que ser Santo con mayúscula y todo".

6. ¡Ven hacia el Padre!

Cuando Dios llama y lo exige todo

En las cartas de san Ignacio de Antioquia, el gran obispo mártir, discípulo de los apóstoles, se lee esta hermosa exhortación: "¡Ven hacia el Padre!". Una página de Enrique, escrita al enterarse de su enfermedad mortal, en el apogeo de su vida, nos hace pensar que la conoce y que le era familiar. De todas maneras, no le es fácil entregarse, pero él es un hombre de profunda fe y ha tomado en serio su vida cristiana y el carisma recibido de ser apóstol de la doctrina social de la Iglesia. Por todo lo realizado, bien puede decir: ¡Misión cumplida! Sin embargo, hay una familia numerosa que sustentar, el deseo de desarrollar y extender su obra social, en fin, tiene muchas razones para vivir. Pero, en ese trance tan doloroso y en las sucesivas operaciones que debe enfrentar, no le falta la gracia de Dios ni la tierna presencia de la Virgen María. La ha invocado como "Nuestra Señora del "sí", y ahora ella lo ayu-

da a decírselo al Padre Dios con verdad y plenitud. Esta entrega sufrida y serena, a la vez, se refleja en sus escritos, en particular, en éste que reproducimos: "¡Señor! ¡Quisiera seguirte! ¿Qué me pides para ello? Te daré todo cuanto quieras, pero no me pidas la vida. Dios no quiere comerciantes que ofrecen una cosa para conseguir otra. Puede ser que Dios no me pida nada, y puede ser que me pida estar listo para todo. Quien oye el llamado de Dios, comprende que su vida no tendría sentido, si no se entrega a él por entero, y aquí la palabra 'entregarse' posee un sentido pleno. No implica dar algo, sino darse uno mismo. Un cristiano no se da parcialmente a Dios cuando lo llama: se entrega totalmente. Por esa causa, a mi requerimiento de seguirlo, su respuesta es pedirme renunciar a todo cuanto pueda ser un obstáculo para que se cumpla su voluntad. Y su voluntad es que lo siga sin poner condiciones de ninguna especie".

Cinco años como siempre

Los últimos cinco años de Enrique son la mejor prueba de su vida cristiana, llevada adelante con amor y entrega en lo cotidiano. A pesar de su enfermedad, nada se altera en sus hábitos de tra-

bajo: sigue yendo a la fábrica, la dirige con más amor, frecuenta las reuniones de los directorios. Incluso, viaja al extranjero para asistir a congresos internacionales y dictar conferencias de su especialidad. Recordamos una que pronunció en el Congreso Eucarístico celebrado en Córdoba (1959), sobre e*ucaristía y vida cristiana.* Sus estudios y experiencia lo llevan a afirmaciones fuertes: "La eucaristía es no sólo el motor, sino la dirección y el volante de una auténtica empresa. Es ella la que ayuda a superar las barreras que dividen a los hombres y es, por tanto, el gran medio para el logro efectivo de esa aspiración de sentirse y ser verdaderamente humanos, pues une entre sí a los hombres en el Hombre-Dios". Y proféticamente advierte: "La eucaristía es la respuesta al problema de la masificación del hombre moderno: no sólo recuerda que Cristo vino para servir, sino, además, que nos enseña cómo debemos hacerlo de persona a persona, individualmente". ¡No está mal recordarlo en el tiempo de globalización!

En esos mismos años, se opone al despido de un número considerable de empleados y obreros de la fábrica en la que es dirigente. Defiende, con fuerza y persuasión, su derecho al trabajo. A menudo, invierte dinero de su bolsillo para la

asociación mutual que garantizaba algunos servicios a los obreros... Ellos son sensibles a esas posturas de Enrique. Él, en cierta ocasión, a raíz de otra operación, necesita sangre para una transfusión. Los obreros se ofrecen en masa, y sorprenden gratamente al médico encargado. Enrique también sabe agradecerlo. En una reunión con los operarios de la empresa, aprovecha para decirles que ellos le han hecho no el obsequio de un simple objeto, "sino algo tan vital, tan lleno de sentido como símbolo de la vida, tal cual es su propia sangre para ser transferida a mis venas. Sólo ahora que estoy reunido con todos ustedes, les puedo decir con emoción: Gracias, mis queridos compañeros".

El viaje a Lourdes y... ¡dos milagros!

Cuando el mal se hace más virulento, su esposa y su padre insisten en que viaje al Santuario de Lourdes, donde la Virgen se le ha aparecido a santa Bernardita, para pedir por su salud. Enrique es muy devoto de la Virgen María, y son incontables las anotaciones sobre ella en sus libretas. Así que, en julio de 1962, parte para Francia, acompañado de su esposa Cecilia. En la ciudad de María, experimenta alguna mejoría que se prolonga hasta su regreso a Buenos Aires. Lamen-

tablemente, el mal avanza en forma inexorable... Se multiplican las misas, las oraciones. De repente, se producen dos "milagros": el primero es que su papá, luego de muchísimos años, vuelve a comulgar, como cuando lo acompañaba en su niñez. Este suceso llena a Enrique de una satisfacción enorme, pues, en Lourdes, se lo ha suplicado a la Virgen.

El segundo: el "milagro de las bienaventuranzas", ocurre en esos mismos días. A pesar de que Enrique ya no se levanta de la cama, se hace acompañar por uno de sus hijos al salón dorado del Consejo Deliberante de Buenos Aires, a una reunión de la Organización Internacional Católica. A su llegada, un conferencista se encuentra disertando sobre temas sociales con tonos más bien pesimistas. Apenas termina, Enrique, débil como está, solicita la palabra y repite parte de lo expresado en su última conferencia titulada: *Y dominad la Tierra:* "Bienaventurada es nuestra patria porque en ella un cristiano puede llegar a ser santo. Bienaventuranza es una palabra que quiere decir felicidad, y, con ese significado, la explicó nuestro Señor Jesucristo en el Sermón de la Montaña.

Felices somos, pues, nosotros, los argentinos que podemos cumplir todas y cada una de esas bienaventuranzas.

Hay mucho de bueno que hacer en nuestro país, aun cuando a veces no lo parezca.

Está a nuestro alcance y posibilidades hacer triunfar al cristianismo, y, por lo tanto, debemos hacer lo que a ello contribuya de un modo u otro. Si empleamos bien todos los medios existentes a nuestra disposición, somos más fuertes de lo que pensamos. ¡Actuemos!"...

IY hacia el final, repite la invocación a María: "Igualmente pidámosle inspiración y ayuda a María Santísima, Patrona de la Argentina en su advocación de Nuestra Señora de Luján. Ella es la obra maestra anticipada de los nuevos cielos y la nueva Tierra. Su asunción es el anticipo de la creación renovada... En Caná, ella intervino para procurar un servicio de orden temporal –obtener vino, bien material no imprescindible, del que tan fácilmente se puede hacer un mal uso–, pero lo hizo con proyecciones a lo trascendente: la bendición de la alegría y la manifestación del comienzo de la acción mesiánica de su divino Hijo. Pidámosle, por tanto, a María –apóstol laico por excelencia– que nos haga comprender y amar nuestra misión, y nos proporcione luz, fuerza y alegría para que estemos a la altura de cuanto debemos hacer para lograr una Argentina mejor y, así, tener más para ofrecer a Dios". Una ova-

ción interminable sigue a sus palabras. Es su testamento: para esto ha vivido, para esto ahora entrega su vida.

Algo que ofrecer hasta el fin

Enrique, postrado en su cama, el 26 de agosto de 1962, aún se mantiene lúcido y capaz de hablar. A su esposa y a Monseñor Moledo que están a su lado, les confiesa: "Estoy con un cansancio tan grande y doloroso, que no sabía que existiese. Pensándolo bien, este cansancio me sirve para ofrecerlo por quienes no se cansan de pecar". Rehúsa el agua que la enfermera le alcanza para mortificarse (una nota frecuente en sus libretas) y expresa: "No beberé porque hay mucha gente en las villas-miserias que no tiene agua en sus casas"... Por la tarde, delira y habla a sus obreros de la fábrica como si estuviesen allí. Es su carisma. Es la agonía. La muerte –mejor, su paso a la Casa del Padre– se verifica el 27 de agosto. Se cumple, en él, el antiguo adagio: "llenó de muchas obras una vida tan breve".

¿El cielo? Es Dios encontrado

Ahora está en Dios, en ese cielo que él ha ansiado, por el cual ha luchado, amado y realizado tantas obras de bien a favor de la gente. En sus libretas, él ha escrito: "El Cielo es también un lugar de actividad, de plenitud, de unidad, de intercambio, o sea, de caridad. Para la mayoría de los hombres que temen la muerte, Dios es una abstracción. Para mí constituyó y constituye una realidad más intensa que todas las realidades terrestres, y que me grita: ¡Ven! Y yo le contesto: Habla, Señor, tu siervo te escucha. A lo cual me manifiesta: Te he llamado porque eres mío. Y, entonces, todo desaparece, y sólo quedamos Dios y yo. Las luces fuertes enceguecen de tal modo, que resulta difícil explicarlas, pero la explicación esencial es que Dios me llama, y que la vida cristiana es la eternidad comenzada en nuestra alma sobre la Tierra, para llegar, en el cielo, a la unidad completa con Dios".

7. Los "soportes" de la vida y de la misión

Fragmentos

A pesar de las pocas páginas que le hemos dedicado, la vida de Enrique Shaw no deja de sorprendernos por su intensidad, por la amplitud de las obras realizadas y, sobre todo, por el "carisma" de promover, mediante la doctrina social de la Iglesia, el mundo del trabajo. Desde una perspectiva, simplemente humana, sus grandes obras, en tan breve tiempo, se deben, por lo menos en parte, a su larga y acuciosa preparación, su disciplina y capacidad, su lúcida inteligencia... En verdad, el secreto del éxito de Enrique va mucho más allá de todo esto: su intensa, metódica y perseverante espiritualidad, en la que se hermanan armoniosamente: el conocimiento y la vivencia; la oración y la práctica cotidiana. Fue realmente un contemplativo en la acción y un hombre de acción contemplativo, en esa extraña tierra de

misión que fue su vida en la fábrica, compartida con los obreros.

Deseo ofrecer, aquí, algunas de esas perlas extraídas de sus reflexiones, reveladoras, sin las cuales es imposible explicar la vida de este laico, testigo de Cristo en nuestro tiempo.

Jesucristo, fuente de vida

– Quiero estar más unido a Dios, a Cristo, a la Iglesia en todos los momentos: ser Cristo-céntrico. Es mi razón de ser. Es mi forma de hacer que el plan de Dios sobre los hombres, que es un misterio de amor, se lleve a cabo.

– ¿Qué espera Cristo de mí? Que lo descubra escondido en el prójimo, a través de las necesidades y limitaciones. La presencia de Cristo es siempre fecunda, sobre todo, porque nos ayuda a vivir en armonía. Debe estar presente en la empresa, mediante sus enseñanzas.

– En relación con Dios, quiero rezar más, procurando estar más unido a Jesús. Vivir la vida con Jesús, como Jesús, en Jesús.

– Cristo ha venido por amor nuestro. Cristo reclama con insistencia nuestro amor. Si Cristo ama tanto a mi prójimo, yo que soy tanto menos que él, ¿cómo no lo voy a amar?

– Debo hacer todo como lo haría Cristo en mi lugar.

– Solidario con Cristo, crucificado en él.

Eucaristía: comunión con Cristo y los hermanos

– Debo tener más adoración, más ofrecimiento, más entrega a Dios en la misa. Ser fiel a mi vocación que es la misa.

– Quiero comulgar frecuentemente y buscar la unión íntima con Jesús.

– Para comprender qué significa "completar la pasión de Cristo", es necesario haber sufrido, y, entonces, uno será más bueno.

– Comunión, común unión: con Jesús encarnado... en la eucaristía; y también con nuestros hermanos. Este aspecto social de la comunión no siempre es recordado.

– Debemos ofrecer en la misa lo mejor que tengamos, y aquello que más nos duela.

El lugar de la Virgen María

¡Oh María! ¡Forma a Cristo en mí! Me doy cuenta de que no tengo esa relación personal con Je-

sús. Como eso no se consigue con libros, creo que lo mejor es pedirle a la Virgen que me haga de "contacto". Más aún, y si me echo a sus pies, no hay duda de que ella, como "molde" de Dios, hará que Jesús se forme en mí y yo en él. Más que fiarme de mi propia industria o de los libros, lo mejor será recurrir a María.

– María, madre del amor, ¡enséñame a amar!

– La Virgen poseía las cualidades de energía y firmeza, que son también las condiciones del dirigente de empresa.

– Nuestra Señora, que por tu sí has cambiado la faz del mundo, ten misericordia de aquéllos que quieren decirte sí para siempre. Tú, que sabes a qué precio esa palabra se adquiere y se mantiene, obtiene para nosotros que nunca rechacemos lo que se exige de nosotros. Enséñanos a decirla, como tú, en la humildad, la pureza, la simplicidad y el abandono a la voluntad de Dios. Haz que, a lo largo de toda nuestra vida, los sí que digamos después de aquél no sean otra cosa que un medio de adherirnos aun más perfectamente a la voluntad de Dios, para nuestra salvación y la del mundo entero.

– ¡María! Hazme sentir algo de lo que sentiste al pie de la cruz, para que, participando en la pa-

sión de Cristo, pueda también participar en su gloria.

La oración

– Debo rezar mucho (uno nunca reza bastante) para pedir: un corazón que escuche, un corazón que quiera –y que quiera afectuosamente–, un corazón que refleje el tuyo.

– En cinco minutos de oración, se resuelven más problemas que en horas de discusión.

– Voy a vivir en clima de oración, "forzando" a Dios, mediante la oración, para que nos dé luces.

– Debo pedir a Dios la gracia de saber meditar.

– Quiero leer y meditar los textos de la misa del día como medio para unirme a la oración de la Iglesia; tengo que leer las Sagradas Escrituras. Con respecto a la meditación diaria, trataré de recordar el objeto de la meditación.

– Antes de cualquier cosa grande, al igual que Jesús, debo hacer oración y ayuno.

– Tener una vida espiritual, ejercer la dirección espiritual es fundamental, pues ahí yace el Espíritu Santo.

El apostolado

– El apóstol es un enviado. Para ser apóstol se necesita estar unido a Cristo por la fe y la caridad. El apóstol debe saber lo que piensa Cristo. Vivir esa caridad en su trabajo, en su hogar, en el lugar donde lo colocó la Providencia. Entregarse sin reserva.

– Debo ser un buen "profesional" para ser un mejor apóstol.

– ¿Cuál es la mejor manera de difundir el evangelio? Vivirlo.

La familia

– No se toma una esposa, se da uno a ella.

– La vida convivida por dos florece. Se hace infinita. Es una oración en común. Hay que expresarse el amor mutuo. No basta darlo por supuesto. El crecimiento del amor no es automático. Hay que recrearlo.

– ¡Qué necesario es que nuestros hijos tengan vocación de "servicio"! Habrá que ir acostumbrándolos lo antes posible.

Su carisma: Humanizar la empresa

– Que en la empresa haya una comunidad humana; que los trabajadores participen en la producción; otorgar al obrero el sentido de pertenencia a una empresa. Ayudarlo a adquirir el sentido de sus deberes hacia la colectividad, el gusto de su trabajo, y, por lo tanto, de la vida... Que en una empresa los obreros tengan voz y voto en cuestiones sociales.

– ¿En qué hemos mejorado desde que somos parte de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa? ¿Pensamos más en los hombres que en la empresa? Sin duda, antes éramos buenos cristianos; pero ahora, en el trato con nuestros empleados, ¿somos, por ejemplo, más simpáticos? ¿Hemos dejado de lado el odio, incluso, hacia hechos o personas que, sin causa, nos han dañado?

– La empresa, comunidad de vida. La empresa, instrumento de santificación. La empresa, hogar de relaciones humanas.

– La empresa, escuela de prudencia y responsabilidad. Mi trabajo: Mis compañeros. La cristianización de la compañía en que trabajo.

– Hay que remediar las injusticias, trabajar con

eficacia, energía, iniciativa. Considerar como deber de estado el ser eficientes; para poder distribuir más hay que producir más.

Sobre todo el amor

– Recordar que hemos sido creados para amar.

– Es necesario que, cada uno en su ambiente, irradie el amor de Cristo.

– Tengo que ser benevolente, paciente, amable, dulce, no herir... para no desmerecerlo a Jesús, no aplastarlos (a los otros), sino elevarlos. Ser un tabernáculo que transmite amor a todos los que se me acerquen.

– Estar atento a las necesidades de la gente con la cual voy a estar en contacto hoy.

Oración para pedir la glorificación del siervo de Dios Enrique Shaw

Oh Dios, tu siervo Enrique nos dio un alegre ejemplo de vida cristiana, a través de su quehacer cotidiano en la familia, el trabajo, la empresa y la sociedad.
Ayúdame a seguir sus pasos
con una profunda vida

de unión contigo y de apostolado cristiano.
Dignate glorificarlo y concédeme, por su intercesión,
el favor que te pido...
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

(*Padrenuestro, Avemaría y Gloria*)

Con las debidas licencias.

La causa de beatificación del siervo de Dios Enrique Shaw recibió el permiso oficial –*Nihil obstat*– de Roma, el 25 de septiembre del 2001, por parte del Cardenal Jorge Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos. Son muy numerosas las gracias atribuidas a la intercesión del siervo de Dios.

Cronología

1921

Nace el 26 de febrero en París, donde sus padres se hallan por asuntos de negocios. Es bautizado en la Iglesia de la Magdeleine.

1923

Vuelve a la Argentina con sus padres.

1924

Muere su madre.

1928

Primera comunión en la Basílica del Santísimo Sacramento de Buenos Aires.

1935

A los 14 años, ingresa en la Escuela Naval. Allí, crece, se prueba a sí mismo y templa su carácter. Influyen profundamente en toda su vida: el método, la disciplina, con esa "desesperación del hacer"; y el éxito y la fuerza ante las pruebas.

1942

Se casa con Cecilia Bunge; del matrimonio nacen nueve hijos, uno de los cuales será sacerdote y misionero en el África.

1945

Es enviado a los Estados Unidos para especializarse; viaja con su esposa y su primera hijita. En ese país, descubre su "vocación", y, a pesar de las oposiciones de familiares y superiores de la armada, se da de baja de la marina.

1946

Asume la dirigencia de la Cristalería *Rigolleau.*

1947

Viaja a Europa. A su regreso a la Argentina, es llamado a ejercer como consejero de diversas empresas.

1951/52

Encuentra a Mons. Joseph Cardijn, fundador de la JOC y, a raíz de ello, funda la ACDE.

1954/56

Es presidente de la Acción Católica Argentina. Asesora y ayuda a varias instituciones de la Iglesia. Funda la *Casa del Libro.*

1957

Se le descubre un cáncer en los huesos. Viaja a Lourdes.

1962

Muere el 27 de agosto.

2001

El 25 de septiembre se introduce la causa de beatificación.

El alma de toda su vida: una fuerte, metódica, constante espiritualidad: esclarecida con la dirección espiritual y las selectas y cuantiosas lecturas; y una vida –familiar, profesional y empresarial– que había tomado en serio a Dios y a su camino hacia la santidad, con mayúscula.

Bibliografía

Romero Carranza, A., *Enrique Shaw y sus circunstancias,* Buenos Aires, ACDE, 1997.

Critto, A., *Enrique Shaw, La espiritualidad de un padre de familia, empresario y cristiano ejemplar,* Buenos Aires, Editorial Claretiana, 2002.

Textos de Enrique Shaw

La misión de los dirigentes de empresa, Buenos Aires, 1960.

La empresa: su naturaleza, sus objetivos y el desarrollo económico. En colaboración con Carlos Domínguez Casanueva, Buenos Aires, UNIAPAC, 1961.

Y dominad la Tierra, Buenos Aires, Colombo,1962.

Índice

1. ¿Los santos, hombres como uno? 5
   "Perseverar es triunfar" 8
   Dios en el... ¡Ocean Club de Mar del Plata! 10
2. Su familia, sus primeros años 13
   Tres libros y el... querer de Dios 14
3. "Santos en el matrimonio y no a pesar del matrimonio" 17
   Canto a la alegría y al amor 17
   ¡Tres para casarse! 18
   Familia "pequeña Iglesia". Una página reveladora 19
4. La "segunda" conversión 23
   En viaje, entre la búsqueda y la esperanza 23
   ¿Obrero? No. ¡Empresario! 25
   Una extraña tierra de misión: la fábrica de cristales 26
   Una intensa vida familiar y espiritual 27
5. ¡Tanto en tan poca... vida! 29
   La Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa 29
   ¡Si me han perseguido a mí!... La cruz en el camino 31
   Las vitaminas energizantes de Enrique 32
   Trabajo con un ritmo imposible 34
   El espacio de. amor se dilata 35

El motor secreto de su éxito: la santidad 37
6. ¡Ven hacia el Padre! 39
Cuando Dios llama y lo exige todo 39
Cinco años como siempre 40
El viaje a Lourdes y... ¡dos milagros! 42
Algo que ofrecer hasta el fin 45
¿El cielo? Es Dios encontrado 46
7. Los "soportes" de la vida y de la misión .. 47
Fragmentos 47
Jesucristo, fuente de vida 48
Eucaristía: comunión con Cristo y los hermanos . 49
El lugar de la Virgen María 49
La oración 51
El apostolado 52
La familia 52
Su carisma: Humanizar la empresa 53
Sobre todo el amor 54
Oración para pedir la glorificación del siervo de Dios Enrique Shaw 54
Cronología 57
Bibliografía 61
Textos de Enrique Shaw 61

"Lo más humano que hay en el hombre es lo que tiene de divino; para que esa chispa divina, que hay en cada uno de los hombres, se revele en toda su plenitud. Debería ser un hombre modelo... Tú, Señor, y yo, porque sin ti, no podría realizar mi cometido, mi función tendría que ser Santo, con mayúscula y todo..."

Enrique Shaw fue un verdadero modelo de cristiano entregado a Dios en su quehacer cotidiano. Padre de una numerosa familia, exitoso empresario y fundador de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa. Dotado de una gran vocación de servicio, durante su corta vida, luchó, incansablemente, para mejorar las condiciones laborales de los obreros; su ferviente misión era "humanizar la empresa". Benevolente, paciente, amable, siempre estuvo atento a las necesidades de la gente, irradiando el amor de Cristo.

Si la Iglesia ha considerado su causa de beatificación, es porque Enrique ha sido un "santo de cuerpo entero".

SAN PABLO